

un pesimismo y una amargura evidentes. Resulta de todo ello un retrato vivo o, quizá mejor, una melodía o tonada de lo que podría ser, en la perspectiva de un futuro (el negativo) posible, el "nuevo réquiem por un campesinado". Los elementos de la crisis del modo comunal de convivir y explotar la tierra vienen de lejos. José María Arguedas los encuentra en un momento de acentuación particular. El mira y ve con preferencia los aspectos personales, psicológicos, sociales, políticos, pero no olvida anotar el ingreso del «ánimo de lucro» y la libre competencia económica y comercial. Por esa razón toma a Muga de Sayago como un punto incisivo y de contraste de su estudio. Si en Bermillo la propiedad comunal supera el 60 por 100 del territorio, en Muga se ha pasado prácticamente a la propiedad privada y a la pugna interindividual por el enriquecimiento. Pero tampoco en Bermillo es próspera la vida comunal por la existencia de una sociedad de castas que divide a «señoritos» y «comuneros» (funcionarios y empleados frente a campesinos). Arguedas observa bien la crisis. No hay que olvidar que estamos en 1958; en un período en que las más potentes fuerzas económico-industriales no han sido desplegadas. Pero no estaba lejos ya el primer Plan de Desarrollo (1964), que movilizará con más fuerza y coherencia una política económica de concentración dineraria e industrial. La agricultura queda relegada; máximamente en estas zonas de «explotaciones de la escasez». Y si un alivio demográfico resulta congruente con el paso a nuevas modalidades de más eficiente y técnica productividad, cierto tirón desorbitado puede dejar sin capacidad de regeneración social a éstas tan altamente envejecidas, que ya han comenzado «la cuenta atrás demográfica» con particular aceleración. Los Planes han seguido creando desarrollo preferentemente industrial. La crisis que ya ve Arguedas quizá se torna en «agonía» a medida que el tiempo avanza; «Las comunidades se debaten así entre la tradición que creó vínculos cooperativos entre los vecinos y la presión externa que trata de desintegrar las bases de tales vínculos para convertirlas en sociedades en que los hombres se enfrenten cada vez más agudamente unos a otros mediante una carrera competitiva para acumular bienes materiales». Estas comunidades, que según la apreciación del autor fueron un día «hurmiento» (fermento) para, asociadas a las indígenas del Perú, servir a un determina-

do control económico y de dominación política, así como a la contención por parte del poder real del nacimiento de grandes poseedores de riqueza y de la posible aparición de fuertes burguesías adineradas entre los «colonizadores» hispánicos, han pasado en Sayago a un punto de «yelda», de frialdad (por seguir la lengua de la comarca), que el riesgo de pasar del «miserere» ser al «miserere» no es sólo ociosa ironía de seguir la antecedente imagen musical. Arguedas siente cómo las fuerzas externas obran aquí con imperativos de dominio. En el Perú, dice, «las fuerzas endógenas de los pueblos peruanos son, a nuestro juicio, mucho más poderosas en cuanto al *ethos comunitario*». El estudioso escritor ve y prevé bien. Las últimas líneas dejan abierta la posibilidad a la corrección, y, por ello, en parte, a la «esperanza»; a la espera al menos. Ha pasado el tiempo. ¿Podrá aún hoy ser superada la agonía de anulación o habrá que esperar la creación de esa mentada «empresa agraria», que quizá haya que traducir por implantación de «otra agricultura» dineraria y forastera, cuando ya no existan comunidades sobre la faz de aquel confín?

El importante libro de Arguedas finaliza con fotos de la vida corriente, semejantes a las que servirán para ilustrar este relato dedicado a la memoria de quien, siendo ya notable escritor, ha dejado en Sayago un recuerdo de humilde, sencilla, afable cordialidad personal. Doña Sabina, la dueña de la posada, ha muerto, pero, ¡cómo le recuerda su hija Chon en el diario menester de llevar carne a los medrosos y desmedrados perros de Bermillo! Doña Felicidad sigue en la suya de Muga, ignorando la fértil y propia cooperación científica; guardando las cartas que Celia le escribiera. Por ellas conocemos más de los insomnios, de los quebrantos, de las atenciones fraternales y de la estimación por los animales de José María Arguedas «Moro», el perro del cacharrero, ha muerto. Ustedes lo recuerdan con tristeza y lo tratan en su escritura humanísimamente, como a uno más. Perdonen la tristeza.

Su obra da a Sayago un futuro en la cultura universal que no tenía ni quizá soñaba. Un futuro que quizá en otros «terrenos» tiene muy amenazado. Pero sin caer en ingenuísimos idealismos; de algún modo podríamos decir los sayagueses, recordando su hermoso himno-canción a Tupac-Amaru: «Ya no tememos a la muerte». Y sin que esto sea, naturalmente, el signo de la aceptación de nuestra agonía de perdición en... «otros terrenos». ■ J. A.

